

velista que ejércitos enteros pasaban de una isla al continente, sin saberse por dónde, o salían de las estepas de Rusia y se enhebraban en Bélgica sin ser vistos ni oídos, como si los compusiese un solo hombre, un misterioso conspirador; si añadiese que masas colosales de combatientes avanzan con el mismo sigilo, y ni al escribir a sus familias descubren su residencia momentánea; que el Emperador, como un duende, aparece y desaparece; y que del desmesurado teatro de la guerra no sale, no transpira ni un eco ni una noticia concreta; que tan colosales manadas de hombres están, se creería, ocultas como si llevase cada combatiente en la cabeza aquel Tarnhelm, aquel mágico yelmo de la leyenda germánica, que hacía invisible a quien lo usase — parecería la patraña más increíble —. Este secreto, esta niebla densa y sombría en que la guerra se envuelve, no sabemos por qué arte, la distingue de las otras hasta hoy conocidas, y de las cuales ya se diferenciaba por la magnitud y la universalidad.

¿Cómo se guarda tal misterio? Apenas lo concibo. Por mucho que se corten las comunicaciones, que se intercepte e interrumpa el telégrafo, que se cierre el paso a los periodistas, que se recojan los periódicos, que se tapien en suma todos los huecos por los cuales puede entrar el aire exterior y salir los ruidos de dentro, ¿cómo no se abren paso esas bullidoras hijas de la Fama, incorpóreas, que se llaman noticias? Pues es el caso que no. Llega a nosotros, de la guerra, lo que oficialmente quieren comunicarnos; ni más ni menos.

* *

He aquí, seguramente, lo incomprendible de la guerra, lo que la hace única. Esto y la intervención de las fuerzas que caminan por el aire. Todo el mundo aguarda, abierta la boca y redondos los ojos, lo que resultará de la intervención de los aeroplanos y en especial de los famosísimos *Zeppelins*. ¿Será capaz esta escuadra aérea de bombardear ella sola a París?

Tendría yo entonces que cantar la palinodia, confesando que sirven de algo los gastos que implica la aerostación militar y el derroche de vidas que toda la aviación en general lleva consigo. No he acabado (confieso paladinamente que estaré anticuadísima) de convencerme en lo que se refiere a la conquista del aire. La proporción de accidentes es tal que aterriza, y la utilidad, por ahora, no se ha visto clara. Si en caso como el presente los grandes aeroplanos militares deciden la victoria, habré de reconocer mi error. Busco la utilidad de los aeroplanos, y se me dirá que no es útil propiamente lo que destruye. Pero si la destrucción era en este caso fatal e inevitable, será menos mala cuanto más rápida y decisiva.

* *

Todavía no he logrado resignarme a la destrucción de Lovaina. Asocio el recuerdo de esta ciudad al de mi venerado amigo el rector de la Universidad que existía, y digo existía porque supongo que ya no existe, en aquella noble ciudad brabantina. Era el rector Monseñor Mercier, que por entonces, el año 1900, no ostentaba la dignidad de arzobispo de Malinas ni menos el capelo. El modesto sabio y filósofo, con quien almorcé en una residencia no menos sencilla que su manera de ser y sus costumbres, no imaginaba, seguramente y dadas ciertas oposiciones que encontré, llegar a ejercer tan alta dignidad en la Iglesia y menos que pudiese contarse entre los *papables*, pues acaso, si no es por la guerra, impedimento legal, su nombre hubiese reunido bastantes votos para ocupar el solio de San Pedro.

Y me explico perfectamente el grito de pena y de protesta que ha tenido que arrancar a Monseñor Mercier la vista de su amada ciudad en escombros, de su Universidad demolida por el cañón... La Universidad tenía carácter de Seminario, pero Seminario tan a la moderna, de tan intensa cultura, de tan nuevas y atrevidas orientaciones, que los partidarios de lo inamovible, los añejos de profesión, que no faltan en ninguna parte, se asustaron del gabinete experimental de psico-física, y poco menos que vieron en Monseñor Mercier (uno de los hombres de más probada virtud y más ascético vivir) algún hereje vitando.

Pero el eminente pensador estaba defendido por la misma serenidad de su convicción. Creía en la Universidad, en la ciencia, en Dios, y sabía perfectamente hasta dónde le llevaban su fe y su labor intelectual. En la Universidad de Lovaina se preparaba ese clero ilustrado, conocedor de la época en que vivimos y capaz de abnegación y buen ejemplo,

honra del partido católico de Bélgica. ¿Cómo no ha de exhalar, el que fué alma de esas enseñanzas y de esa preparación, un ay doloroso, al saber la noticia que a mí, a quien no puede importar tanto ni la millonésima parte, me ha contristado al recibirla: Lovaina ha sido arrasada; no quedan de ella sino escombros y cenizas humeantes?

* *

Desde aquí, lejos del escenario de tan trágicos acontecimientos, vamos, un día tras otro, evocando memorias y figuras de extranjeros que fueron con nosotros amables y simpáticos, que nos ofrecieron cordialidad, y en los cuales, por un momento, encarnamos el país a que pertenecen, para compadecer sus desdichas, que no podemos remediar ni mitigar siquiera, excepto con la piedad, género de beneficio que, según el poeta florentino, algo se agradece:

*Se fosse amico il Re del Universo,
noi pregheremmo a lei per la tua face,
poiche hai pietá del nostro mal perverso...*

Si; *pietá, pietá...* con independencia de afiliaciones, de intenciones de que la victoria sea para éstos o para los otros... Todos son desventurados en esta hora suprema. Más, sin duda, los vencidos; pero también los vencedores, que hacen con su cuerpo cuña para abrirse paso al través de las tropas enemigas, y cubren la baja pasando sobre los cadáveres de los que los precedieron. Gloriosa desventura pero desventura al fin para ellos y para quienes los aguardan con llanto.

* *

Yo admiro la constancia, la energía, el desprecio de la vida, porque todo ello es espiritualísimo y supone un fondo de voluntad colectiva que no pertenece sino a un pueblo muy grande, muy fuerte, muy semejante, en esto, a la antigua Grecia.

De todos modos siento lástima y con interrogación inquieta me pregunto:

¿Qué será de aquel amigo de una hora, de un día, de una semana, con el cual os parecía que habíais vivido siempre?

¿Qué suerte correrán los que se encuentran en los países asolados, devastados?

No puedo menos de pensar en un oficial de la Marina francesa, que llegó a la Coruña, y conociéndome de nombre tan sólo y deseoso de verme, vino a mi casa de campo, un día bien sombrío y lluvioso de noviembre. Le hicimos la más hospitalaria acogida; y a la vuelta, por poco se mata, en una zanja del camino en construcción, donde cayó su caballo de alquiler. Más peligroso que su torpedero, el *casse cou* estuvo a pique de dejarle con una pierna rota.

Aquel oficial tradujo luego *Los Pasos de Ulloa* al francés. ¿Por dónde andará? ¿Se hallará a bordo, de su barco, dispuesto a enzarzarse con los germanos, en la función naval que se espera?

* *

¿Y los marinos del otro lado, los marinos alemanes, que vinieron también a visitar las Torres? Con ellos iba a honrarnos el Príncipe Enrique de Prusia, hermano del Káiser; pero la escuadra se dividió, y el Príncipe se quedó en Santander, con su buque. ¿Cuáles, entre la oficialidad de aquel *Lothringen*, que tanto nos invitaban a pagarles la visita en Kiel, donde nos obsequiarían espléndidamente y nos enseñarían los soberbios acorazados y cruceros, orgullo de la nación, estarán ahora dispuestos al mortífero combate que, en última instancia, se supone decisivo para esta gran contienda?

¡Oh destino obscuro! ¡Cómo tejes tu tela sin que vea los hilos el mismo que en ellos está enlazado!

Y yo pienso en unos y en otros, en todos, que todos son dignos de *pietá...* Acaso sea un gasto inútil de sensibilidad esta *pietá* sin límites. Vienen las catástrofes por ley inexorable de la historia.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Y la pesadilla continúa... Ya sé que no es de buen cronista insistir en un mismo tema y que es ley la variedad; pero pregunto si, en este instante, alguien varía. Los periódicos dedican, semana tras semana, columnas y columnas a telegramas más o menos confusos de la guerra; los artículos de fondo sobre ella giran invariablemente, comentando a su gusto y desde su tendencia favorita las probabilidades de triunfo de un beligerante u otro; todos son relatos de gente que escapó de Francia, de Alemania o de Suiza y regresa a su hogar trémula aun de susto: los Diccionarios enciclopédicos son saqueados, y las Geografías manoseadas incesantemente, para satisfacer con estudios presurosos y a medio mascar la curiosidad ansiosa del público, el cual, de repente, se ha enterado de que hay en Europa serbios, austriacos, cosacos y polacos, y estas varias gentes son reales y efectivas, seres de carne y hueso, que se baten como leones, y que pelean, sea por la gloria y la grandeza, la independencia y la disciplina, o sólo por el gusto de combatir, que gusto debe de ser cuando tan predispuesta se halla la humanidad a romperse el bautismo.

Y así, de la guerra ha de hablarse, pegue o no pegue, sépase algo de nuevo que dé pretexto al artículo, o haya que recocer las mismas berzas, volviendo a renegar de la terrible plaga, a lamentar el sino que ha traído, con la enormidad de los armamentos, el choque tremendo de las naciones, a poner de vuelta y media al Káiser y al Kronprinz y a la sombra de Bismark.

* *

Saber lo que aquí ocurrirá (digo aquí y debiera decir allí) sólo es dado a las sonámbulas... Pero, ¿no es cierto que, aun seguros de que cada paso en la carrera del tiempo nos lleva al fin de nuestra vida, quisiéramos adelantar, apresurar este recorrido, para salir de la angustiada expectativa de las grandes catástrofes?

Porque grandes son, de magnitud apocalíptica, las que se ciernen sobre Europa. Una de ellas, temible por excelencia, es la epidemia, compañera siniestra de las guerras que se prolongan y no consienten atender a los mandatos imperiosos de la higiene. Horroriza leer el relato de las hecatombes, y si bien puede haber exageración en el número de heridos y de bajas, siempre será éste enorme, sin comparación con otras guerras. Hay un detalle profundamente trágico: no se puede ni curar a todos los heridos; son demasiados; montones y montones de carne rota y sangrienta; muchos quedarán privados de todo auxilio humano, lo cual supone la infección; y, supuesta la infección, la epidemia no tarda...

* *

Todo esto sugiere una inmensa compasión... No sé si me equivoco, pero diría que jamás cupo, no ver, sino imaginar guerra semejante. La novela más fantástica no llega a tanto. Y hay en ella una característica muy singular. Si hace años contase un no-